

[A LA LETRA]

Visión regional versus visión nacional:

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA



el Santiago Vidaurri de Hugo Valdés

La historia oficial de México, esa que a veces llamamos “de bronce”, es un ámbito cerrado que pocas veces extiende sus límites para abarcar nuevos hallazgos, reflexiones o interpretaciones. Si acaso, se convierte en algo semejante a la sirvienta de la política, cuando los que detentan el poder deciden utilizarla para sus propios fines, ya sean de legitimación o de propaganda electoral. Y es una y es “de México” –alguien lo decidió–, es decir, para todos los habitantes del país, sin que valgan contra ella perspectivas minoritarias ni regionalistas, por lo que se imprime en los textos escolares para que los niños la memoricen

y jamás la cuestionen. Pero si tal imposición resulta práctica desde un punto de vista educativo, cuando analizamos el asunto de cerca resulta bastante limitada.

Pongamos como ejemplo el caso del ex gobernador de Nuevo León Santiago Vidaurri.

Hace poco más de diez años, cuando me hallaba en plena promoción de mi novela sobre Benito Juárez, *El rostro de piedra*, había una polémica de alcances nacionales a causa de una iniciativa para levantar –creo que en el municipio de Lampazos– un monumento a Santiago Vidaurri. Por lo menos en tres ciudades a las que fui a presentar mi libro, ciertos miembros del público me

preguntaron mi opinión sobre dicha iniciativa, tal vez porque, al considerarme un enterado sobre los temas de la Guerra de Reforma e Intervención Francesa, estaban seguros de que respondería con una sarta de improperios en contra del lampacense al que ellos calificaban de “traidor a la patria” por sus desavenencias con el Benemérito, que terminaron empujándolo al lado de los partidarios del Imperio de Maximiliano. Después de escuchar mi parecer, que no coincidía con sus posturas, se iniciaba una discusión cuyo resultado era la mengua de sus simpatías por mí y por mi novela. Me resultaba evidente. Para ellos, al haber

cambiado de bando en los últimos años de su vida, Santiago Vidaurri había muerto como “imperialista”, lo que hacía su traición definitiva. No les interesaban las décadas de su trayectoria como liberal, ni sus contribuciones al triunfo de la Reforma. Era un traidor y ya y, como tal, no se merecía ningún reconocimiento, menos una estatua. Quienes así argumentaban, era obvio, estaba sumergidos hasta las orejas en la historia oficial, la de bronce.

Fuera de Nuevo León casi nadie conoce la vida y los hechos políticos de Vidaurri. Incluso entre los nuevoleonenses son escasos los que se han acercado a la historia de este personaje. Yo la conocí porque en la primera novela de Hugo Valdés, *The Monterrey News*, hay un capítulo titulado “Yo, Vidaurri” en el cual el personaje histórico toma la voz para expresar las razones de sus actos. Por esa lectura y por las largas pláticas con el autor, a quien me une una amistad de décadas, pude enterarme de lo que la región noreste del país, la frontera y, sobre todo, el estado de Nuevo León, le deben a este ex gobernador en lo que se refiere a infraestructura, a desarrollo económico y, en especial, a su orgullosa idiosincrasia.

Las personas con las que discutía en aquellas presentaciones tampoco conocían la historia de Vidaurri; al contrario, se dejaban llevar por los mitos, por la leyenda, y afirmaban que, además de traidor, don Santiago era culpable de proyectar planes separatistas para desgajar del país los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, y unirlos a

ES MÁS SENCILLO INFLUIR EN EL DESTINO DE LA REGIÓN. Y UNA DE LAS COSAS QUE TENÍA CLARAS SANTIAGO VIDAURRI ES QUE LA NACIÓN SE FORMA CON LA SUMA DE LAS REGIONES, NO CON LA SUMISIÓN DE ELLAS A UN PODER CENTRAL.

Texas para fundar “la República de la Sierra Madre”. Yo les reviraba diciendo que eso era mentira, que ningún libro serio lo asentaba, y que Vidaurri había enfocado sus afanes en la prosperidad de la región y en su seguridad, amenazada constantemente por las invasiones de las tribus nómadas que, en aquel tiempo, un día sí y otro también, saqueaban ranchos y poblaciones, asesinaban hombres y secuestraban mujeres y niños. Con ello, la discusión derivaba a lo que quizá sea lo que valga la pena discutir: el choque entre historia regional e historia nacional.

¿Cuál es más importante, la historia del país o la historia de la región? De acuerdo, ambas lo son. Pero estoy convencido de que cada una de ellas afecta de modo diferente a los individuos. Por ejemplo, creo que la historia nacional nos otorga un sentido de pertenencia a algo más grande que nosotros y nos hace sentirnos orgullosos de ello. Sin embargo, la historia regional nos otorga ese mismo sentido de pertenencia pero de un modo más íntimo, cercano, satisfactorio. Aunque el orgullo nacional, el patriotismo, es una emoción poderosa, también es más ideal, casi platónica: nuestra participación en el derrotero del

país resulta lejana, intangible. Todo lo contrario ocurre con nuestra participación en el ámbito regional: es tangible, cercana, palpable. Es más sencillo influir en el destino de la región. Y una de las cosas que tenía claras Santiago Vidaurri es que la nación se forma con la *suma* de las regiones, no con la *sumisión* de ellas a un poder central.

Por estas y otras razones, al ser cuestionado sobre el tema en aquellas presentaciones, mi respuesta era que yo estaba de acuerdo en que se levantara el monumento a Vidaurri, ya fuera en Lampazos o en cualquier parte donde los nuevoleonenses lo desearan. Que si el personaje era considerado traidor a la nación, había sido, por el contrario, uno de los hombres más respetados en el estado, un verdadero héroe que no vaciló en enfrentar al poder central (Juárez) en beneficio de la región. Y que si, al final, su rompimiento con el Benemérito lo había llevado por despecho a alinearse con imperialistas y conservadores, a pesar de ese error su obra principal había quedado intacta para beneficio de una ciudad y un estado que hoy se enorgullecen de estar entre los más ricos y desarrollados del país. Al oírme, sus detractores contemporáneos nomás me

miraban, meneaban la cabeza y seguro pensaban: ¿cómo se atrevió a escribir una novela sobre Juárez alguien que piensa de este modo?

Y así pienso, quizás influido por Hugo Valdés, por las conversaciones con él y por la lectura de sus libros, pues además de aquel capítulo de *The Monterrey News*, la obsesión de Hugo por el personaje lo ha llevado a escribir dos volúmenes más en donde este es protagonista: el ensayo histórico *Fulguración y disolución de Santiago Vidaurri*, publicado –se dice– a pesar del disgusto de Patricia Galeana, directora del INHERM entonces, una de las instituciones a cargo de la edición; y el más reciente, la novela *Los confines del fuego. Diarios de Santiago Vidaurri*. Un ensayo y una novela, dos géneros que se cierran como pinza en torno a esta figura elusiva, poco estudiada y vilipendiada del siglo XIX, con el fin de abarcarlo a cabalidad.

En el ensayo, Hugo Valdés lleva a cabo un asedio del personaje a través del análisis de las fuentes históricas y de los documentos personales de Vidaurri, no solo para interpretar sus actos en el contexto histórico de mediados del siglo XIX, sino para poner de manifiesto cómo ha sido contemplado tanto por sus contemporáneos como por los historiadores posteriores a su época. Con un esfuerzo por alcanzar la objetividad –aunque Valdés no puede esconder su idiosincrasia regiomontana, que es casi como decir “vidaurriana”–, el autor examina asimismo la correspondencia del entonces gobernador de Coahuila-Nuevo León (había anexado el estado

vecino con el fin de protegerlo mejor de las incursiones bárbaras y hacer más eficiente su administración) con Benito Juárez y algunos de sus ministros. De tal intercambio de misivas se desprende que sus conflictos con el gobierno central eran principalmente por cuestiones de dinero: Vidaurri administraba la aduana de Piedras Negras, Juárez le exigía esos recursos para los gastos de guerra, y el gobernador se negaba a entregarlos, aduciendo que en el estado también había gastos, acaso más urgentes que los de la nación, pues los ataques de las tribus nómadas eran intempestivas y recurrentes, había invasiones por parte de aventureros y filibusteros gringos que querían “conquistar” más territorio para su país, y además ataques de abigeos y otros delincuentes foráneos. Es decir, si Vidaurri entregaba esos recursos, Nuevo León-Coahuila quedaría desprotegido, a merced de sus depredadores.

La situación de la región –como ocurre hasta la fecha– tenía sin cuidado al poder central, al que lo único que le importaba era recaudar dinero de los estados para poder utilizarlo a su propia discreción. Otras discusiones eran por los llamados “contingentes de sangre”, es decir, los ejércitos que los estados debían aportar a la federación para sostener la guerra, ya fuera contra los conservadores o contra los imperialistas, según los años que corrieran: Vidaurri tenía que enviar tropas que serían comandadas por Santos Degollado, ministro de guerra, quien pasó a la historia como “el héroe de las

mil derrotas”, pues casi nunca salió triunfador en una batalla. Vidaurri escamoteaba esos envíos de hombres al matadero, a pesar de que de entre la gente que enviaron algunos –formados por él– de los mejores militares de la época, como Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo, Gerónimo Treviño, entre otros. Fue un verdadero estira y afloja que terminó cuando, durante la Intervención, Juárez pasó por Monterrey, se enfrentaron, el presidente le retiró el mando al gobernador, quien se exilió en EEUU para regresar y acomodarse como ministro del Imperio de Maximiliano, con lo que la historia oficial borró todos sus méritos anteriores.

En la novela *Los confines del fuego. Diarios de Santiago Vidaurri*, luego de acumular todo el conocimiento documental posible sobre el personaje, Hugo Valdés recurre a un instrumento más potente: la imaginación. Es decir, apela al poder de la ficción. Ya no son las cartas del gobernador al presidente o a sus ministros lo que leemos, sino que a través de estos diarios ficticios nos situamos en un lugar privilegiado para contemplar su vida, sus acciones, para leer sus pensamientos y reconocer sus aciertos y sus errores. Escuchamos su propia voz, como en aquel capítulo de *The Monterrey News*, pero ahora más madura, más reposada, más dueña de sí. En la novela nos enfrentamos en el “primer diario”, no con un personaje histórico, sino con un hombre que acaba de ser desterrado y se halla en EEUU, hospedado por el coronel

LOS DOS LIBROS DE HUGO VALDÉS SOBRE SANTIAGO VIDAURRI PUEDEN MUY BIEN SERVIR DE BASE PARA ESA DISCUSIÓN SOBRE EL ENFRENTAMIENTO ENTRE LOS VALORES OPUESTOS DE LA HISTORIA NACIONAL Y LA HISTORIA DE LAS REGIONES, SOBRE LAS DOS VISIONES QUE COINCIDEN, INCLUSO A VECES AL INTERIOR DE UN MISMO INDIVIDUO.

Sartoris, con quien tantas cosas lo unen (en principio, el hecho de ser personajes ficticios ambos). Por medio de la magia del lenguaje – preciso, rítmico, cuyo vocabulario posee el tono y la cadencia de la época– penetramos en la mente del exiliado para encontrar la causa de todos sus resentimientos y frustraciones como gobernante, de los que culpa al poder central encarnado por Benito Juárez. Comprendemos sus intenciones, atestiguamos sus luchas por hacer del estado bajo su férula una entidad autosuficiente y grande, sentimos la temperatura de sus afectos y la frialdad de sus rivalidades. Lo conocemos y lo hacemos nuestro.

En el “segundo diario” lo encontramos instalado en la Ciudad de México durante

los últimos días del Imperio, arrepentido de la decisión de pasarse a las filas de Maximiliano, con quien coincide en muchos asuntos, aunque sabe que ambos tienen atadas las manos por el Partido Conservador. Vidaurri sabe que no puede hacer nada para volver con sus ex compañeros liberales y lamenta la decisión tomada. “He perdido el norte”, dice, en sus dos acepciones. Solo le resta deambular por la ciudad –que lo apabulla por su tamaño y cantidad de habitantes–, vegetando entre su gente hasta que termine la guerra y los liberales vencedores vengan a ajusticiarlo. Sin embargo, aprovecha estos últimos días de incertidumbre para hacer el repaso final de su existencia, para entender cómo se ve el país desde el centro y para

extrañar su región hasta el último instante de su vida.

Los dos libros de Hugo Valdés sobre Santiago Vidaurri pueden muy bien servir de base para esa discusión sobre el enfrentamiento entre los valores opuestos de la historia nacional y la historia de las regiones, sobre las dos visiones que coinciden, incluso a veces al interior de un mismo individuo. Para quien esté interesado en el tema y en el debate, tanto el ensayo *Fulguración y disolvencia de Santiago Vidaurri* como la novela *Los confines del fuego. Diarios de Santiago Vidaurri*, constituyen un placer intelectual y estético. Es cierto: al leerlos a veces uno se siente desgarrado, dividido, porque en nuestro fuero interno encontramos coincidencias fuertes con cada una de ellas, pero también aprendemos que se puede ser a un tiempo patriota y regionalista, vidaurrista y juarista, y que acaso sea mucho más recomendable la síntesis que la división. Pero habría que discutirlo. ●

REFERENCIAS

- Valdés, H. (2017). *Fulguración y disolvencia de Santiago Vidaurri*. Ciudad de México: Secretaría de Cultura / INHERM / CONARTE.
- Valdés, H. (2020). *Los confines del fuego. Diarios de Santiago Vidaurri*. Monterrey: Alfa-beta/Conarte.

